BIBLIOTECA DE AUTOR

TINCO ANDRADA

Los bocetos de Picasso

EL GUARDIÁN LITERARIO

TINCO ANDRADA

Los bocetos de Picasso

EL GUARDIÁN LITERARIO

EL GUARDIÁN LITERARIO

A mi nieta María Eugenia Di Gennaro

EL GUARDIÁN LITERARIO

Índice

Capítulo I. Día de cumpleaños *11*

Capítulo II. Encuentros *31*

Capítulo III. Ceremonia del vino *43*

Capítulo IV. Adolescencia de amor *67*

Capítulo V. Historias de París *83*

Capítulo VI. Palabras incómodas y atrapantes *99*

Capítulo VII. La embajada *115*

Capítulo VIII. El viejo profesor *133*

Capítulo IX. Confidencias *147*

Capítulo X. Cubismo *159*

Capítulo XI. Un viaje en el tiempo *181*

Capítulo XII. Un minuto para la medianoche *195*

Capítulo XIII. Intimidades compartidas *207*

Capítulo XIV. Seguir el viaje, Europa y el tiempo *217*

Capítulo I

Día de cumpleaños

30 de agosto de 2013 - Hora 22:30

La escuché a mi espalda.

—Amor, ¿me ayudarías a apagar la luz de la cocina?

—¿Ayudarte a apagar la luz? No entiendo.

—Es que no sé cómo se hace…

—¿Cómo que no sabés cómo se hace? —me reí—¿A ver? —dije— Vamos a la cocina.

Ella limpiaba lo poco utilizado para la cena. Yo veía un partido de fútbol por TV. El de mi equipo favorito. Me levanté con la esperanza de no perderme algún gol de los nuestros. Sospeché que Delfina me llevaba hacia un regalo escondido. Comencé a canturrear al tiempo que desde atrás apoyaba mis manos en sus hombros. La conduje haciendo el juego del trencito. "¿Qué se traerá entre manos?", pensé. Con el amanecer llegaba el día de mi cumpleaños. Tal vez habría algo de eso. Especulé encontrarme con un obsequio anticipado. Me reí para mis adentros. Con la mirada recorrí todo. Quería descubrir

algún detalle. Algo que se encontrara cerca de las teclas de luz. Más de una vez me había sorprendido con bromas parecidas. Con alguna pista me inducía al resultado. Luego, siempre aparecía alguna cajita escondida. El remate llegaba con una sonrisa y un beso amoroso. En los escasos ocho a diez metros que debíamos recorrer mis ojos buscaban pistas. Ella en una semana estaría en viaje a Nueva York. Desde allí partiría a París. Podría estar relacionado con eso. No imaginaba cómo. Sin duda había algo oculto. Pero ¿qué? No pude descubrirlo. Estaba intrigado.

— Bueno, amor. Aquí estamos. —Nos detuvimos frente a las teclas de luz. — ¿Qué ves ahí? —dije al señalarlas y sonreí. Si mis sospechas eran ciertas, algo habría. La respuesta llegó.

—No sé. No sé qué es eso…

Me reí de manera cómplice y dije:

—¡Está bien! Me rindo. Delfina, por favor, no más bromas. ¿Hay algo que quieras mostrarme? —con una mueca de picardía y complicidad alenté la confesión. Esperé. Quedó en silencio. No contestó.— Amor —dije— si no es más que una broma te digo que me gustaría seguir viendo el partido. ¿Está bien? —Pregunté y propuse— Resolvamos esto. ¿Apagás vos o apago yo?

—Vos por favor —insistió—. No sé cómo se hace Claudio.

La escuché y no sé por qué razón la respuesta no me cayó bien. Me alertó. No había broma. La voz sonó real. Desconocida. El comentario me sacudió. Fruncí el ceño desconcertado. La miré. Buscaba respuestas. Supe que de

ella no vendrían. Su lenguaje corporal hablaba de la nada. La noté lejana. Parecía ausente. La vi indefensa. Vulnerable. Giré. Me puse frente a ella. Me sentí sacudido ante un escenario irreal. Con delicadeza tomé sus brazos.

—Delfina. Mirame, por favor. —Estaba tenso. Tragué saliva. —Amor… ¿Realmente no sabés cómo apagar la luz?

—No. No sé. —contestó, mirando al vacío.

Sentí que una espada de hielo me abría en dos. Desapareció la alegría. No era ella. La vi perdida. Desierta la mirada. Parecía no estar en este mundo. La abracé aún más. La tenía apretada a mi pecho. No quería alejarla. No sabía qué hacer. Ni qué decir. Quedamos en silencio. Allí. Parados. Yo con la mirada en dos blancas teclas de luz. Ella quieta. Por su espalda y con suavidad deslicé mi mano hacia arriba. Busqué la nuca. Sostuve su cabeza apoyada en mi hombro. Amparándola. Callada, se dejó abrazar. No quería separarme. Cerré los ojos. Mi mente estaba en blanco. ¿Qué pasaba? ¿A qué nos enfrentábamos? No sabía. ¿Qué sucedió? ¿Por qué? ¿De qué no me di cuenta? Empecé a sentirme mal. Me asusté. Tenía ganas de llorar. Las lágrimas cayeron por mis mejillas en silencio.

12 años antes – 2001– El inicio

Aquel día del primero de enero del año en que entramos en el 3er milenio fue muy esperado. Con mucha algarabía, la gente, pegada a las pantallas de los televisores,

no quería perderse ni un segundo. Todos deseaban ver de qué manera se festejaba la llegada del año en cada espacio del planeta. Recién entonces nos enteramos que el primer lugar en entrar al Año Nuevo fue Kiritimati. Una pequeña isla en el Pacífico. En el Río de la Plata, el sol brillaba a las siete de la mañana de aquel 31 de diciembre del 2000. En este lado del globo faltaban aún muchas horas para terminar el año que se iba. Así ocurrió.

El 2001 fue un año para no olvidar. El mundo vivía la proximidad del uso del euro. Sería aplicado en varios países de Europa. Devastadores movimientos sísmicos traían dolor y pena en distintas partes del globo. En El Salvador y en la India, los muertos se contaban por millares. España pronto dejaría de usar la nafta con plomo. Las minorías en los Países Bajos estaban de fiesta: celebraban la concreción de los primeros matrimonios homosexuales. Mientras, la humanidad se veía sacudida por la denuncia y culpabilidad de religiosos en abusos sexuales. En Argentina, acontecimientos contrapuestos cerraban un año movido. Los enamorados se besaron bajo el sol de un sábado de invierno. San Lorenzo ganaba el Torneo Clausura 2001. Por el ingreso a la Copa Libertadores, el barrio de Boedo explotaba de alegría. En la misma Buenos Aires, la Justicia iba tras un ministro de Menem que no podía justificar su fortuna. El país se debatía en una profunda crisis socioeconómica pocas veces vista. Muchos negocios eran saqueados por agitadores, en grupos organizados. Clientes fantasmas y empleados despedidos. Locales vacíos por doquier confirmaban la crisis.

Fábricas que cerraban se sumaban al palmario ejemplo. El desconcierto de una sociedad golpeada y devastada se hacía cada vez más evidente en los aeropuertos. Ezeiza se poblaba de familias. Huían en busca de horizontes más prometedores. La temperatura social se hacía sentir cada vez más. Los sindicatos llenaban las calles de protesta.

El año corría. Los meses pasaban y pronto llegaría la primavera. Tal vez, ¿por qué no? suavizaría la pesadumbre de vivir así. Los colores y perfumes volverían a un Buenos Aires que temblaba en el espanto.

Mi economía iba de la mano con los problemas de todos. Ya no dudaba. Dejaría Tilcara. Volvería a Buenos Aires. En mis flacos bolsillos pocas monedas tenían mucho espacio. Era necesario buscar nuevas fuentes de ingreso. Asegurar mi sustentabilidad. Pensé que la gran ciudad, por tener mayores recursos, me ofrecería mejores oportunidades. Desde que partí de la casa de mis padres mi vida parece transformada en un continuo viaje. Y como buen viajero lo concreté. Tres meses más tarde era parte de la gran urbe y buscaba sostenerme. En Buenos Aires mal vendí mi casa. Nadie tenía un peso. Las propiedades habían perdido su valor. La inmobiliaria que gestionó la venta sufrió mucho para encontrar al comprador. Resultó ser un joven obeso y ambicioso. El día de firmar el boleto no dejaba de jugar con una diminuta pelotita. La hacía bailar entre los dedos de la mano. Con la otra sostenía un cigarrillo. Lo consumía veloz y nervioso. El humo desagradable y maloliente flotaba brumoso junto a la impaciencia. A pesar del precio acordado, que fue pactado en

todas sus formas, apareció el "pero" de siempre. A último momento dijo que no contaba con todo el dinero. Aclaró que si no se le hacía una rebaja significativa, superior al cinco por ciento, deshacía la operación. Recuerdo la rabia que sentí. Tuve que soportar el descaro y el abuso de un aprovechador. Terminé aceptando las migajas. Todo en Argentina era así. Un canibalismo donde los que tenían mejores dientes comían más. Salí de allí rabioso conmigo mismo. Por aceptar. Me fui decepcionado. Con menos plata de lo que esperaba. Sabía muy bien que ese dinero debía durar mucho tiempo. Tal vez por un par de años. Mi dependencia de él sería total. Debería cuidarme, no malgastar. Entendía que vender mi propiedad fue una actitud de mucho riesgo. Lo hice por jugarme por mis sueños. Aposté a la esperanza. Por estar convencido de que mi trabajo valía la pena. Por creer en mí. A pesar de no conseguir el monto que esperaba, pude enfrentar el cúmulo de deudas contraídas. No eran pocas. Utilicé una buena parte del dinero para alquilar un estrecho departamento en el Bajo. Cerca de La Boca. Le puse un mínimo de confort y me instalé a vivir y trabajar allí. Mi regreso desde el norte fue duro. Estaba acostumbrado a la paz de aquel lugar. A las desmayadas pausas del día. Eso me había permitido permanecer un poco más de dos años en Tilcara. Con gran placer trabajé intensamente cada día. Lo hice durante meses. Volví cargado de un buen material. En él estaba el fruto. La investigación de etnias del lugar. Una tarea pictórica cuidada y provocadora. Sospechaba que lograría una posición de respeto entre mis

pares. También esperaba y deseaba un buen juicio. No lo niego. Era importante el de la crítica especializada. La crisis golpeaba. Desde mi llegada a Buenos Aires no pude vender un mísero cuadro. El atelier me empujaba hacia la calle. Me sentía paralizado. Siempre los artistas chocamos con lo mismo. La inutilidad de no saber vendernos.

El mes de julio avanzaba inexorable. Las lloviznas persistentes y la humedad me recordaban dónde estaba. Decidí llamar a un viejo amigo. Él siempre está bien conectado. Tal vez podría ayudarme. Estaba seguro que de hacerlo me sentiría conforme. Protegido. Custodiaría muy bien mi obra. No esperaba que me llevara a la Bienal de Venecia ni al Guggenheim de Nueva York. Tampoco estar en el Grand Palais de París. No por ahora. Pero, tenía treinta años. Es una buena edad para intentar todo. Podía darme el tiempo necesario para esperar. Sabía que él se ocuparía de potenciar mi trabajo. Después de tomar coraje lo llamé.

Fue como si nos hubiéramos visto ayer. Olvidamos que la vida nos mandó por distintos caminos, cuando dividió nuestros rumbos como un cuchillo al cortar una manzana en dos. Atrás quedó nuestra aventura de mirar y encarar la vida con soberbia. El atrevimiento de atravesar Europa con veinte años y morrales gastados en la espalda.

Un tiempo donde el rumbo lo podían marcar los rostros de dos bellas muchachas o las interminables visitas a museos. También podían ser perdidos en noches de borracheras. En bares de mala muerte por las callejuelas de París.

—Darío, soy Claudio Terrada. ¿Cómo estás?

—¡Claudio! ¡Mi Dios! Apareciste. ¿Dónde estabas?

Le conté todo. Mi viaje al norte. Más de dos años pintando entre rostros geométricos de piel aceitunada. Rodeado de belleza. Impregnado en colores de montañas. Valles y quebradas.

—Vendí el departamento de Coronel Díaz —dije— alquilé uno en el Bajo. Entre San Telmo y La Boca.

—¿Vendiste Coronel Díaz? ¡Estás loco hermano! ¿Por qué hiciste eso?

—Necesito la plata. Ya volverá. Es solo dinero. Tarde o temprano volverá. Estoy convencido.

Puteó más de una vez. Me reprochó como si fuera mi padre. Luego de unos minutos tomé coraje. Le planteé mi necesidad. Escuchó como en misa. Mejor aún. Lo hizo como se escucha a un amigo. Hablamos cerca de una hora. Reímos igual que dos chicos en los juegos. A veces nos atrapó el silencio de los recuerdos. Aunque la charla fue telefónica, nos despedimos como si nos hubiéramos dado un fuerte abrazo. Bien dado.

—De acuerdo —dijo—. Dame un tiempito Claudio. Quiero ocuparme bien del tema. Te llamo.

Pasaron más de cuatro semanas desde aquella charla. Un tibio sol se paseaba por el cuarto. La tarde recién inaugurada del sábado era fría. Me quedé en casa. Eran días para acomodar. Tiré cosas inútiles. Algunas guardadas no sé para qué. Quería hacer espacio. Tener más lugar. A veces vamos por la vida arrastrando trastos. Llevamos recuerdos. Son historias que no volverán. Aun así nos aferramos a ellas. Igual que a una fantasía.

De manera caprichosa queremos detener el tiempo. Al levantar un enredo encontré un libro. No me acordaba de él. Me pregunté: "¿de dónde salió?". Por fin, recordé haberlo comprado al volver a Buenos Aires. Lo miré con ganas. Suspendí el orden. Busqué un sillón y en él me desplomé. Comencé a leer *Soldados de Salamina*. Me atrapó la historia. El frustrado fusilamiento de Sánchez Mazas. Ideólogo fundador de la Falange Española. Poco duró mi lectura. Me interrumpió el sonido del celular. Por ahí estaba. Mi casa era un aquelarre. No veía el teléfono por ningún lado. La insistencia de su musiquita me fue guiando. Así lo encontré bajo una campera, tirado sobre la cama. Contesté. Era Darío. Cumplió. No esperaba menos. Lo escuché optimista. Con la verborragia de costumbre, no dejaba de hablar. Contó que tenía todo organizado para una muestra. Me dio los detalles. Aclaró que en días lanzaría por Internet una convocatoria pública. Una importante empresa de su amistad aceptó ser el *sponsor*. Lo haríamos en un salón de arte. Un escenario íntimo de mucho prestigio. Me dio el nombre. Me encantó. El lugar elegido me pareció propio de él. Darío es así. Sin duda. La distinción es su fuerte. Conoce muy bien de organización y convocatoria. Esas fueron las armas que usó para hacer dinero. Mucho dinero. Me sentí en buenas manos. Luego de ese diálogo, al quedarme solo y en silencio, me puse nervioso. De pronto todo parecía importante. Demasiado. No se me escapó pensar que esa sería mi primera muestra en Buenos Aires. El querido Darío estaba con su prestigio en el

medio. Sentí mucha responsabilidad. Los días comenzaron a correr y la fecha era inminente.

Solo me ocupé de acondicionar las obras a presentar. Darío fue una máquina de hacer cosas y deshacer otras. Prensa. Invitados. Amigos importantes. Todo lo que yo ignoraba estaba resuelto. El día llegó y fue mejor de lo esperado. Resultó un hermoso evento. Para mí estuvo poblado de desconocidos. Gente que miraba y hablaba. Opinaban frente a cada tela. Fui requerido muchas veces para dar respuestas. Sobre el cierre despedí a dos señores que parecían conocer el mundo entero. A lo lejos vi a mi amigo moverse inquieto. Por sobre el hombro de uno de mis contertulios noté a un Darío excitado. Miraba hacia mí de manera insistente. Me di cuenta, quería decirme algo. Tenía el gesto inconfundible de "apurate". Él estaba con un grupo de gente. Al concluir mi charla avancé hacía el círculo que lo rodeaba. No llegué a ellos. Él los abandonó. Vino hacia mí apresuradamente.

—Claudio. No quería hacer pública una invitación que recibí recién —dijo y siguió—, por eso me alejé de ellos. Te cuento. Luego de la expo tenemos una sorprendente e interesante invitación. Iremos a una cena. Es en casa de una amiga. Un lindo lugar, con gente agradable. Te gustará conocerlos. Estoy seguro. Me pidieron que te invitara.

No dije nada y pensé: "Darío, Darío. Siempre apurado. Como si todo hubiera que hacerlo ya". No pude negarme. No me dio tiempo ni oportunidad. Cerca de las 23 terminó nuestro evento. Partimos hacia San Isidro. Tomamos

Avenida del Libertador, una vía elegante que nos lleva hacia el norte de la ciudad. Pareciera que nunca descansa. Con autos siempre apurados y choferes prepotentes. Van haciendo eslalon sobre las sendas. Muy pocos cumplen las normas de tránsito. Al resto no le importa. Luego del estrés causado por el temor a que alguien nos chocase, una hora más tarde, entrábamos a una casa grande. Muy grande. Cruzamos una importante sala de estar. La casa guardaba una arquitectura minimalista. Había en el diseño y en los detalles una fuerte presencia del *feng shui*. Los muebles acompañaban el estilo. Obras de pintores conocidos y de gran prestigio presumían sobre las paredes. Todo y hasta el más pequeño detalle completaba el buen gusto. Nos guiaron hasta el jardín. Gente elegante conversaba en pequeños grupos. Otros tomaban bebidas cerca de una gran pileta iluminada. Sonaba una música suave. Tal vez fuera *new age*. No lastimaba. Luces tenues lucían escondidas entre las plantas. Daban marco a una imagen de temperamento Rembrandt. Sin duda un ambiente bien armado. Lo juzgué propicio para ese público selecto. Una mujer muy sonriente y elegante apareció de la nada. Parecía una escena preparada. Con gesto de beneplácito llegó a saludarnos. No sé por qué supuse que sería la dueña de casa. La amiga de Darío. Así fue. Con estilo nos condujo y nos acomodó entre los demás invitados.

Pronto comprobé que muy pocos hablaban español. La mayoría lo hacía en un fluido inglés. Me sentí un extraño y reí para mis adentros. El extranjero era yo. Tal vez acertaba con mi fantasía al destacar rostros y atuendos.

Se veían muy distintos a los de la lejana Tilcara. Parecía encontrarme entre gente de varios orígenes. Con la japonesa no me equivocaba. Lucía un deslumbrante vestido con reminiscencias de kimono. Tampoco con un personaje que estaba a mi lado. Un flaco, huesudo y conversador a quien tildé de inglés. Aunque de pelo negro y lacio, el origen surgía inconfundible, al saludarlo me pareció enfrentar a un británico. De aquellos que dominaron la India. Los que hacían gala de su flema en fiestas aisladas de romanticismo elegante.

Aquí las camareras iban y venían. Afanosas. Dispuestas. Con una sonrisa inconmovible. Ofrecían bandejas con tentadores "saladitos". Las copas abundaban. No pasó mucho tiempo desde nuestra llegada cuando invitaron a pasar a la cena. Fue como si esperasen nuestro arribo para hacerlo. Pensé en lo ecléctica y ciclotímica sociedad que conforma la Argentina. Somos distintos y cambiantes. Iguales a las máscaras del teatro. Por esos días, mucha gente salía a juntar cartones desechados para luego venderlos. Significaba reunir unos pocos pesos para poder comer. Una gran parte de la población se ubicaba en las esquinas de los barrios. Lo hacían con mesas y mercadería de todo tipo. Se imponía la modalidad del trueque. Había que subsistir y esquivar la pobreza. Allí era distinto. Ahora me encontraba con un minúsculo grupo de gente. Cerrado en la intimidad de la opulencia. Los de mayor poder económico. Los que viven alejados de la necesidad. No digo que me sintiera a disgusto en la velada. No. Ocurre que no era un

ambiente al que estuviera acostumbrado. Tenía en ese momento sentimientos encontrados, pero no me sentí culpable. Estaba claro que había dos partes de una misma sociedad. No pertenecía ni a uno ni al otro extremo de ella. Mi opinión sobre lo que percibo de la vida lo expreso en mi obra. Allí la expongo sin traicionar a nadie. Marco mi visión de nuestra realidad. Tal como sucede a lo largo de toda la patria grande. Aporto arte. Solo mi arte. Lo hago para mostrar al mundo las desnudeces de una población de la que soy parte. No responsable. Pareciera que aún no aprendimos ni sabemos desprendernos de esa actitud colonial de hace más de doscientos años. Es como si hubiese un ser superior que nos dirige a nosotros convertidos en los vasallos obedientes. Sin ideas.

Mi lugar en la mesa, al lado del inglés huesudo, me dejó lejos de Darío y frente a una pareja conversadora. Charlaban entre ellos como si nada existiera. Vigilé de usar los cubiertos apropiados. Comí sin apuro. Sin hablar. Todos lo hacían en inglés. ¿Qué podría hacer yo? Nada. Pensé en cómo podía arreglármelas con mi ignorancia del idioma de Shakespeare. Había una larga noche por delante. Me sentí traspapelado entre gente que al parecer no hablaba mi lengua. Reí para mis adentros. Pensaba que podrían darse situaciones muy cómicas. Algunas tal vez insalvables. Unos y otros sin comprender. Yo no los entendería. Seguramente, ellos tampoco lo harían conmigo. Pensaba en ello cuando escuché.

—¡Así que eres un artista!

La voz me sorprendió al igual que el idioma. Levanté la vista con las cejas arqueadas por la sorpresa. Me encontré con una rubia sentada enfrente. Miraba sonriente con los ojos puestos en mí. Quedó la pregunta flotando en el aire. Sonó en perfecto español. Llegaba con un inconfundible acento. Bien porteño. La miré extrañado. No esperaba escuchar hablar en mi lengua.

—Sí —dije, dándome tiempo a terminar mi bocado.

—Sorprende verte tan joven con el cabello entrecano. Con tu altura y tu delgadez te hace muy elegante.

—Gracias. Lo del pelo es de familia —dije y me sentí ruborizado ante el inesperado halago. No niego que estaba boquiabierto. Todos seguían en lo suyo. Como si nada hubiera ocurrido. Es así. Nada ocurrió. Solo hubo una pregunta y un par de palabras. Miré hacia los costados, buscaba a alguien que me explicara que pasó. A mi derecha encontré una muchacha muy delgada en la que no había reparado al sentarme. Se tiró su largo pelo rubio hacia atrás. Con una sonrisa me miró a los ojos y agregó.

—Venimos con Pupé del salón de arte.

—¡Ah! —"¡Qué bien!", pensé que alguien más hablaba español— Perdón ¿quién es Pupé? —pregunté solo por decir algo.

—La dueña de casa —dijo y siguió— realmente hermoso trabajo el tuyo. Me impresionó. Te felicito. No soy una conocedora del arte pictórico y me guío por lo que me provoca.

También ella habló en perfecto español. No parecía ser amiga de la otra mujer. Ciertamente no la

había escuchado hablar. En ningún momento. Más aún. Teniéndola a mi lado no noté su presencia. Había ignorado esa belleza hasta ese instante. "Bonita, ¿dónde estabas escondida?" pensé sin decirlo. La noche empezaba a aclararse. Me sentí más cómodo. Sin duda con algunos podría conversar. Pero ¿por qué todos hablaban en inglés? No podía entenderlo. Pronto me olvidé de esa estupidez. Mi inesperada compañera de mesa llevaba toda mi atención. Me gustaba el mohín con que cada tanto acomodaba su largo pelo rubio. Me sentí tentado de mirarla. Calculé la edad. Tendría veinte y… algunos tantos menos que yo. Seguro no llegaría a los veinticinco. Lucía sensual. Ingenua. Al hablar entrecerraba los ojos. Eran de color verde caramelo. Tenía miedo de que mi repentino encantamiento me delatara. No quería arruinar la noche. Tal vez ¿por qué no? Uno puede generar futuras posibilidades. Quise anestesiarme y salir del trance. Traté de escuchar lo que hablaba el resto. Prestar atención aunque no los entendiera. Por fortuna, la rubia sentada enfrente volvió con las preguntas.

—Dicen que sos de Tilcara.

Aclaré que no. Que soy de Buenos Aires. Quiso saber si volvería allí para seguir pintando. Me dieron ganas de tirarme sobre la mesa, darle un beso y agradecerle la pregunta. Qué mejor oportunidad para que la muchachita rubia se enterara de que estoy viviendo aquí. Que no pensaba volver. Mi admirada dama, como si entendiera mi pensamiento, llevó la cabeza hacia adelante. Giró hacia mí. Sentí la mirada más encantadora al dibujar una

sonrisa. Me pareció más cómplice que la anterior. Su luz me iluminó. Hipnotizado no podía contenerme. No tuve más ganas de comer. Cuidadosa puso su mano sobre mi brazo. Preguntó en un susurro:

—¿Estás bien? —Sentí que la cara me ardía. Supuse que me había puesto colorado. No sabía bien qué contestar, pero lo hice.— Sí. Me siento bien —buscaba disimular mi turbación.— ¿Por qué?

—Me pareció verte tenso —dijo— ¿Me equivoco?

—Creo que no —contesté al instante. Quería encontrar palabras que fueran sencillas para decirlas con facilidad. Las malditas no salían en mi auxilio.

—Tal vez este no te resulte un lugar cómodo. ¿Puede ser? —Comentó con su satinada y seductora voz—. Digo, porque entre la imagen de tu obra y este ambiente hay mucha distancia. Además terminás de presentar una muestra. Eso siempre significa pasar momentos de tensión, ¿verdad?

No podía decirle lo acertada que estaba. Tampoco quería confesarle que en realidad era ella el motivo de mi nerviosismo. Intenté dar una explicación de no sé qué cosa. No salió bien. Terminé sintiéndome un tonto. Me dio su nombre: Delfina. Me pareció bonito. Me hubiera dado cualquier otro nombre y para mí todos hubieran sido bellos. En ese momento pensé "¿Qué le ocurre a uno cuando alguien le gusta? ¿Qué es? ¿Un encantamiento?". De pronto era un adolescente en su primera cita. No estaba en ninguna cita ni era un adolescente. Intercambiamos algunas palabras hasta terminar de comer. No muchas.

Lo normal entre compañeros de mesa. Luego de la cena nos invitaron a ingresar a la casa. Nos ubicamos en un salón. Un imponente piano de cola esperaba abierto. Tal vez habría algo de música para escuchar. Entramos parsimoniosos. No quedó nadie en el jardín. Adentro las voces sonaban más fuerte. Los grupos se unieron. Los invitados iban entre risas de un lado a otro. Entre algunos se escuchaba recordar momentos comunes. Otros se abrazaban como si se encontraran luego de un largo tiempo. La dueña de casa buscó el centro de la sala. Parada allí, levantó la cabeza y miró en derredor. Parecía controlar si estaban todos. Con un par de palmas llamó la atención. El mundillo calló. Ante el silencio de todos agradeció nuestra presencia. Mencionó mi nombre y tuvo algunas palabras halagadoras para mí. Me sentí sorprendido. Agradecí con un vago movimiento de cabeza. En seguida y con gran formalidad presentó (lo hizo en inglés, con traducción de Darío para mí) a la artista que nos visitaba. Una muchachita de pelo intencionadamente desprolijo. Tomó asiento frente al teclado. Distendida. Como si estuviera en casa. Cantó un tema en inglés. Y otro, y otro y siguió nomás. Así. A esa altura de la noche entendí que no podía ser de otra manera. Nos regaló bellas canciones todas bien interpretadas. Se levantó y agradeció. La anfitriona de la casa volvió a ocupar la escena para hablar.

—Invito —dijo en español esta vez— a una amiga que tiene la virtud de relatar sucesos verdaderos. Sorprendentes. La mayoría desconocidos para nosotros. ¡Ya verán! —alentó.

Tremenda sorpresa para mí. No era otra que la atractiva Delfina. Ondulante y seductora fue hacia el piano. Dejó ver su encantadora figura. Me pareció más esbelta aún. Un gran escote dejaba descubierta su bella y joven espalda. El vestido caía con sensual intención sobre la bien formada cola. El escenario era ella. Comenzó a contar. Por fortuna lo hizo también en español. Nos relató hechos que sucedieron en Mississippi. En Estados Unidos durante la guerra de secesión. Al terminar aplaudimos con entusiasmo. Fue un relato cautivante con una perfecta dicción. Parecía una actriz profesional. Tal vez lo fuera. No había nada más que faltara para sentirme ridículamente enamorado de esa mujer. ¿Por qué no? ¿Acaso hay algún lugar determinado para encontrar un amor? ¿Un momento? ¿Un paisaje? ¿Un crucero? ¿Un baile? No. Todo lugar es posible. Ese también era un lugar ideal. Era una noche especial. Un escenario con mucho *glamour*. Luces y música. Mientras la escuchaba contar estaba como poseído. Me sentía embobado. Lo más parecido a un estúpido y ridículo hombre. Delfina algún día se enterará por mí que me enamoró en treinta segundos. Se lo diré. No sé cuándo, pero estoy seguro de que lo haré.

La reunión se había prolongado más allá de las dos de la madrugada. Fue concluyendo con el irse lento y periódico de la gente. Busqué de manera distraída por dónde andaba Darío. Se había alejado sin darme cuenta. Escuché a mi espalda.

—¿Te vas? —Giré incrédulo. Delfina me miraba sonriente esperando una respuesta.

—Sí —dije—, busco a mi amigo. Ya debemos partir —hice una pequeña pausa y comenté— me encantó lo que relataste. La manera de hacerlo. ¿Sos profesional? —Me miró sonriente. Divertida. Me gustó que lo hiciera.

—¡No, no! ¡Por favor! Muy lejos de serlo. Gracias por decirlo. Es un lindo halago.

—¡Es verdad! Quedé cautivado con tu presentación y gracias por hacerlo en español.

—Lo hice por vos —dijo y la sonrisa iluminó otra vez su belleza.

—¿Por mí?

—Sí. No me pasó por alto que estabas incómodo al escuchar a todos hablar en inglés.

—Es cierto. En realidad no sabía cómo sería la noche. Por suerte todo cambió.

—¿Tienes un teléfono al que pueda llamarte? —dijo, y me sorprendió con la pregunta. Siguió como si nada.— Si te parece podemos tomar algo en la semana —al escuchar la propuesta casi me da un infarto por la alegría—, me gustaría hacerlo antes de mi partida.

—¿De tu partida? —Dije con sorpresa— ¿Cuándo? ¿Hacia dónde partís? —Al decirlo me arrepentí. Me vi muy apresurado. Sentí temor de no volver a verla. Busqué suavizar mi urgencia y agregué— sí, claro que podemos tomar algo. Justamente quería proponértelo antes de irme. Me ganaste de mano —mentí.

—Me voy a Londres —aclaró— la semana próxima. Estaré afuera entre quince y veinte días. Vivo en Palermo. ¿Vos por dónde?

—Por el Bajo —contesté— cerca de La Boca. Tengo alquilado allí un pequeño departamento. Puedo ir a Palermo si…

—¡No! No, por favor —dijo levantando las manos con las palmas hacia delante—. Si te parece bien te llamaré y arreglamos. Podemos vernos en el Centro o por San Telmo mismo. Tengo que andar por allí en estos días.

Seguimos con nuestra charla aislados de todos. Poco a poco la casa se despejaba de invitados. Pronto se vio casi vacía. Quedamos solos. Darío llegó sonriente. Dijo que venía a buscarme. Un beso en la mejilla fue suficiente para que el perfume de la piel de ella me envolviera. Partimos. El viaje de regreso fue en silencio. Hice que dormía y Darío no me molestó. Yo llevaba la imagen de Delfina en mis ojos.

EL GUARDIÁN LITERARIO

EL GUARDIÁN
LITERARIO